

UNA de las obsesiones recurrentes del prolífico Roger Caillois es el poder incontrastable, o casi de toda sociedad en cuanto en ella adquieren una fuerza autónoma los contenidos irracionales y míticos que aparecen y se vuelven determinantes apenas los hombres emprenden alguna clase de actividad conjunta. En esta recopilación de ensayos (\*) se recogen algunos sobre verdugos, vértigos y tesoros secretos, así como "Del espíritu de las sectas", incluidos en *Fisiología de Leviatán*, obra publicada en 1946 en Buenos Aires, en donde el autor residiera durante varios años. Aparecen ahora junto con "La representación de la muerte en el cine norteamericano", "El uso de las riquezas" y "El poder carismático", también anteriores a 1950.

La atención del autor se orienta con predilección evidente hacia las grandes concentraciones de fuerza así como hacia las sedimentaciones o coincidencias que, en la dinámica social se convierten casi fatalmente en factores cimeros e inabarcables para las voluntades individuales. Resulta sintomático comprobar cómo en trabajos posteriores sobre un tema tan *distinto* como la historia de las piedras, deducida ésta a partir de su estructura, el autor dejará traslucir la misma preocupación por el laboreo implacable de fuerzas que, siendo a veces de apariencia fortuita, van creando la realidad a través de sólidas y perdurables sedimentaciones. La sociedad, del mismo modo, se vuelve un monstruo que devora a sus propios componentes, o que los conquista al menos en conformaciones cada vez más imperativas. Aunque esas fuerzas determinantes nacen en último término de cada hombre en particular pronto adquieren una efectividad propia y de orden superior. Interesa entonces pulsar la interpretación entre esas formaciones ultrahumanas por un lado y, por el otro, los hombres que, habiéndolas engendrado, terminan por convertirse en sus víctimas. Propensiones humanas primordiales se van de ese modo articulando y concretando, dentro de ese proceso de socialización, en forma de tendencias y realidades ya decididamente inhumanas. Se le ocurre así al autor como ejemplo el afán de juego, inocente y pueril en cada individuo, pero que determina finalmente toda una conformación social, un proceso general que llega a reabsorber las necesidades elementales de que partiera. Ante esa resultante indomeñable la cultura, como voluntad de armonía y de cohesión equitativa, es muy poco lo que puede hacer.

## LA SOCIEDAD CONTRA EL HOMBRE

Aunque no siempre la ayuda, la sombra demoniaca del nazismo preside gran parte de las reflexiones del autor. Los siete ensayos del libro no están así congregados arbitrariamente. Por algo Caillois pretende justificar esta recopilación haciendo resaltar, como su clave, o más bien como su bisagra, el ensayo sobre secta y sociedad. En los tres primeros ensayos, la intención del autor —si es que la había, pues son obra de su juventud— parece en efecto diluida en un chisporroteo de intuiciones, analogías y tomas parciales de conciencia, lo que proporciona un placer demasiado entrecortado. Se suceden expresiones de una fugaz felicidad no abundándose mayormente en ellas, limitándose a usar cada una como trampolín para pasar a otra y después a otra distinta en un devaneo que no busca alejarse sin embargo de la intuición central, sino que aspira a elucidarla por el efecto concentrado de esos enfoques sucesivos. En "Del espíritu de las sectas" se ahiene en cambio a un desarrollo más consecuente, sin renunciar por ello a su bienhadada capacidad de prodigar enlaces significativos. Secta y sociedad aparecen como los dos momentos de un movimiento dialéctico en donde la sociedad sería el orden establecido y decadente, un equilibrio de egoismos desvirilizados, en tanto la secta vendría a corporizar el desorden que conduce a la revolución, y luego, como culminación fatal de su impulso, a la guerra. Bien se aprecia aquí que es la experiencia del nazismo la que preside de manera absorbente el pensamiento del autor, polarizado hasta la sumisión con aquella irrupción inolvidable.

El ensayo revela, no obstante un valor permanente. El autor no lo hace acompañar ahora, como en su edición bonaerense, con "El culto de la guerra" y "Fuentes de la moral", ensayos en donde se dejaba ir bastante incontroladamente, algo nazificado él también, hacia lo que no estaba lejos de ser una franca exaltación de la guerra, considerada allí como la máxima ocasión de rehabilitar virtudes que, en "las cautelas de la paz" se adormecen y desfilan. Debe aclararse que, aunque reincida ahora en algunos sensibles resbalones, los análisis de Caillois son siempre modelos de agudeza y lucidez. Logra disimular así su resignación ante los poderes de la violencia impersonal bajo meditaciones que, por lo que son, más que por lo que expresan, dejan a buen recaudo la dignidad del pensamiento creador. El espíritu sólo podría aspirar, según Caillois, a la eficacia eventual, y no garantizada por nada, de un poder de "fascinación" al que ninguna formación social concreta podría sin embargo respaldar. No confía visiblemente en acciones concertadas, ni de clase, ni siquiera de agrupaciones de hombres de buena voluntad. Una fe endeble cede así la derecha (palabra que viene al pelo) a la gravitación incontrolable de las fuerzas ciegas que moldean las sociedades, así como moldean las piedras. El hombre pertenecería a un mundo que no pertenecería al hombre.

El pensamiento de Caillois atina a bordear toda sistematización y a matizar las conclusiones a que amenaza llevarlo la claridad francesa de su expresión. Soslaya así toda teorización que pudiera trabar el brío de sus especulaciones. Es, para decirlo de una vez, un ensayista, con todos los pro y los contra que supone la actitud correspondiente. Pero como juega su juego a cartas limpias, y como no parece moverse por motivos inconfesos, le peor que se le puede entonces imputar es que a veces, si bien buenamente no da con lo esencial que puede ser convertirse en un aliado, como sin quererlo, de los peores enemigos del hombre, pero no que falsifique tesis para pasarlo bien. Lo que es él está bien, es porque está bien; y eso alcanza y sobra para que deba dársele acceso al ruedo de lo que importa leer y meditar.

WASHINGTON LOCKHART

(\*) Roger Caillois: INSTINTOS Y SOCIEDAD. Barcelona, Batai Barral 1969, 192 pp. Trad.: Carmelo Martínez-Pedraza, Julián Calvo y C. A. Jordana.